

## LA OBEDIENCIA EN LA REGLA Y EN LA VIDA DE SAN BENITO<sup>83</sup>

### Introducción

He aceptado de buena gana la invitación a venir a Monte Oliveto porque tengo algunas deudas –de diferente importancia– con los Olivetanos. Sin embargo, no pensé tener que hablar de este argumento. Yo misma propuse presentar algunas páginas de la vida de san Benito (en los *Diálogos* de san Gregorio Magno); y cuando se me contestó: *Muy bien, podría hablar de la obediencia en la RB y en la Vida*, he sido tomada de sorpresa. He aceptado, únicamente por la costumbre de considerar este tipo de propuestas como una ocasión providencial, a la cual obedecer.

En el interior de mi limitada experiencia, creo que la obediencia es hoy un tema difícilísimo. Esto por el estridente contraste entre la moderna concepción común de conciencia, donde la libertad de conciencia se vuelve un absoluto tomado fuera de todo contexto de ley moral y hasta natural (es bueno lo que te parece bien: “lo siento bueno”, “no lo siento bueno”, como único criterio), y la letra de la *Regla*, tan poco domesticable.

Con un discurso sobre la obediencia es peligrosamente fácil hoy caer en el rigorismo, fundamentalismo, paternalismo y quién sabe en cuantos otros “ismos”.

Hace falta tener en cuenta que, si hubo una reacción, ha sido provocada por problemas reales que ninguno de nosotros podría querer minimizar (los “ismos” de que hablamos).

De lo anterior se sigue que un discurso sobre la obediencia monástica siempre iría cuidadosamente referido al contexto en que se habla. Por ejemplo, en mi Orden (OCSO o de los Trapenses) la obediencia hoy tiende a ser extremadamente dialogada, no rigurosa, ciertamente nunca impuesta; uno de nuestros problemas por consiguiente es cierta inestabilidad o debilidad de la autoridad abacial, al menos en algunas regiones. Quizás en el OSB, sobre todo femenino, la situación sea diferente.

Yo, no obstante, enunciada la prudente necesidad de adaptarse al contexto, digo a ustedes enseguida que no lo haré así. No conozco vuestra realidad desde adentro y entonces os hablaré con la máxima libertad, entregándoles las convicciones personales que he madurado a partir de mi experiencia –y corriendo el riesgo de ser malentendida, o no tan útil.

*En los límites del espacio que me es concedido desearía hablarles de los siguientes puntos:*

1. La obediencia en el *Prólogo* de la *RB*: Llamada al “hombre de deseo”; buscando comprender cómo la invitación de Benito pueda resonar en nuestros oídos, HOY.
2. La *escala de Jacob* (*RB* cap. 7): El “hombre de deseo” frente a la obediencia y la humildad de Cristo.
3. El “hombre de deseo” y la Ley: La *Regla* como código legislativo.
4. El monasterio como escuela: Disciplinar el corazón para no traicionar el deseo.
5. La enseñanza básica al interior de esta escuela: Liberación del deseo de la *voluntas propria*.

### 1. La obediencia en el Prólogo

#### Llamada al hombre de deseo

---

<sup>83</sup> Relación de Madre Mónica Della Volpe, Abadesa del Monasterio Trapense de Nostra Signora di Valserena (Italia) presentada el 4 de abril 2002 en Monte Oliveto Maggiore, con ocasión del encuentro de formación para los monjes *juniores* de la Congregación benedictina Monte Oliveto, en Italia.

No empezaremos por el primero y más famoso versículo “*Obsculta o fili...*”, al que llegaremos al final, considerándolo la cumbre de nuestro discurso; sino por los vv. 14 y 15: “Buscando el Señor su obrero entre la muchedumbre... dice...: ¿quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?”.

El hombre que desea la vida y la felicidad, el “hombre de deseo”, como dicen nuestros Padres Cistercienses, es quien recibe el llamado, la propuesta del camino de la obediencia. Para acoger esta propuesta, hace falta un hombre todavía capaz de desear la vida y la verdadera felicidad, y todavía no tan tosco y pervertido como para no percibir el llamado fundamental de su humanidad, ni estar disponible a un empeño para seguirlo.

El hombre de deseo, pues, es buscado para ser asumido como *obrero*, o, como dice arriba, en el v. 3, reclutado como *soldado*. Todavía, en los versículos 33- 34 vuelve la imagen del obrero, precisamente del constructor, con la parábola evangélica de quien construye su casa sobre la roca.

Retomando desde el v. 16, vemos a qué es llamado esencialmente este obrero: «Si tú, al oírlo, respondes: “Yo”, el Señor te dice: “Si quieres poseer la vida verdadera y eterna,... apártate del mal y haz el bien». Este bien será enseguida, y sucesivamente, precisado de muchos modos; pero tomando en préstamo una imagen fuerte de la *Vida* podemos simbolizarlo en el trabajo del obrero agrícola: Sacar fuera del propio campo las espinas del mal (pecado) y sembrar la mies del bien. Esta es la esencia del obrar, este es el *camino de la vida* (v. 20).

El hombre de deseo, entonces, nos es presentado enseguida como un hombre de acción, hombre del trabajo –aunque sea acción y trabajo espiritual.

He aquí, pues, nuestro obrero listo para el trabajo: *La fe y la observancia de las buenas obras* son su campo, el *camino* es el del Evangelio, la meta es ver a Dios (v. 21).

Los vv. que siguen detallan mejor los mismos conceptos: Si quieres habitar los tabernáculos del Señor y reposar...camina sin pecado, practica la justicia, habla diciendo la verdad en tu corazón, no engañes con la lengua, no hagas mal al prójimo, no escuches al que habla mal de tu prójimo (vv. 25-27). Cualquier otro precepto es sintetizado en el v. 28: “Aquel que cuando el diablo maligno le sugirió alguna cosa, lo rechazó pronto, a él y a sus sugerencias, lejos de la íntima mirada de su corazón, y los redujo a nada, y tomó sus pensamientos, apenas nacidos, y los estrelló contra Cristo”: Todo el trabajo implica el combate espiritual contra el diablo, firmes sobre la roca que es Cristo.

Los versículos siguientes (29.30) nos dan el secreto de esta fuerza que anima al soldado en el combate espiritual: *Qui timentes Dominum... non a se posse, se a Domino fieri existimantes, operante in se Dominum magnificent*. Las citas en estos versículos, de los salmos y de las cartas y el verbo *magnificent*, que evocan para nosotros las figuras de David, Pablo, María, nos dan el núcleo de esta teología del trabajo, de la acción y del combate espiritual: La fuerza y la alegría del discípulo son aquellas de quien no trabaja solo y por sí mismo, sino por Otro, y exulta porque otro obra –trabaja– en sí. Esta es nuestra alegría y nuestro descanso: Yo trabajo para Ti, en Ti, y Tú trabajas, obras, para mí y en mí.

Mi fuerza es alegrarme de lo que Otro me da. Mi trabajo –gozoso, pero ciertamente también pesado– es dar, donarme a mi vez.

Este punto, la obra de la gracia en nosotros, es esencial en la teología y es un punto muy delicado. El interaccionar de gracia y libertad ha sido como sabemos el corazón de grandes controversias en el curso de la historia y de la espiritualidad cristiana.

Es un punto muy delicado porque constituye la centralidad de la alianza, particularmente de la Nueva Alianza: el interaccionar de nuestra libertad con la gracia de Dios en nuestro corazón es el trabajo común, el trabajo de la alianza, entre Dios y nosotros.

Cuanto más espacio es dejado al actuar de la gracia, tanto más en serio se asume el propio empeño y la propia tarea en la vida.

San Benito traduce este empeño en el trabajo del *Opus Dei*, primero que todo, y después en cada uno de los otros servicios en el monasterio.

San Ignacio desarrollará el tema del servicio militar, del combate espiritual tan querido a los antiguos ascetas.

Más cercana a nosotros es la propuesta original de Santa Teresa del Niño Jesús, que abandonándose con total confianza a la gracia divina, elige con seriedad infantil jugar con Jesús Niño, empeñando en este juego la propia vida, hasta el último respiro.

En nuestros días la imagen del trabajo, totalmente antropocéntrica, puede ser menos límpida que en la época de la economía rural de Benito, por tanto, es bueno integrarla con otras imágenes; la del juego puede invocar su dignidad bíblica a partir de la Sabiduría que jugaba y encontraba su delicia delante de Dios al alba de la creación. Hace falta recordar, al menos de paso, otra; la gran imagen bíblica, tan querida por los medievales y en particular por los Cistercienses, del juego de amor entre esposo y esposa –donde el amor es ciertamente el supremo de los trabajos propuestos al hombre.

Retomemos pues el v. 4 y siguientes del Prólogo: “Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración insistente que él la lleve a término”.

He aquí la única manera en que Dios ha concebido el funcionamiento del mundo: Entre Dios y el hombre, uno empieza y el otro completa, se obra juntos, y uno sucede al otro en el trabajo, que no es más mío o tuyo sino nuestro.

Exactamente lo contrario de lo que estamos tentados de hacer tan a menudo, en cuanto nos es confiado algo: Cambiar y rehacer *todo* “según yo”: Mi juicio, mi voluntad propia; frustrando de este modo cada posibilidad de enriquecimiento recíproco y frenando el desarrollo del mundo, porque el uno ya no sucede en el trabajo al otro.

*Pídele a él con oración insistente*, intensísima. Es como decir: No dejarlo, no soltarlo, como hizo Jacob, hasta que no lo bendijo. Dios quiere que nosotros nos adhiramos a él, y así la oración y este vivir *trabajando juntos* son una sola cosa. No hay oración cristiana que sea separable de la vida; aquel *hacer el vacío* que prescinde de la moralidad de los actos cumplidos, típico de ciertas espiritualidades de tendencias orientales, no es oración cristiana.

“En efecto, es preciso que estemos siempre dispuestos a obedecerle con los dones que ha depositado en nosotros, de tal manera que como padre airado no llegue a desheredar algún día a sus hijos” ( v. 7).

Este *ser dócil (parendum est)*, favorece, es muy afin, al concepto de responsabilidad – que nosotros modernos, curiosamente, contradiciendo el sentido etimológico de la palabra, a menudo comprendemos como *administrar lo propio*, en lugar de *responder de*: El bien que está en nosotros le pertenece a Él, a su herencia, y a Él hace falta obedecer y dar cuenta.

Dios ha querido, concediéndonos su herencia, establecer con nosotros un lazo de filiación tan estrecho que nosotros no logramos tampoco imaginar.

Y venimos, pues, al famoso comienzo del *Prólogo* y de toda la *Regla: Escucha hijo*; es el comienzo pero también el fundamento, y sin esto no tenemos más *Regla de san Benito*: “Escucha, hijo, los preceptos del maestro, e inclina el oído de tu corazón y acoge con gusto la exhortación de tu padre amoroso y cúmplela verdaderamente. Así volverás por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien te habías alejado por la desidia de la desobediencia. A ti, pues, se dirige ahora mi palabra, quienquiera que seas, que renuncias a tus propias voluntades, y tomas las preclaras y fortísimas armas de la obediencia, para militar por Cristo Señor verdadero Rey”.

Teniendo en cuenta todo cuanto hemos dicho hasta aquí, ¿cómo comentar estos versículos?

Hay Uno que conduce el juego, aquel juego que es un trabajo y no un capricho, y por lo tanto tiene sus reglas.

Hay un Dueño de la viña que dispone cómo tiene que ser hecho el trabajo, aquella viña que es la Iglesia, en el centro de todo el mundo y de toda la historia, y que es la comunidad pero también soy yo, aquel trozo que me es dado para cultivar ante todo.

Quien conduce el juego es el Padre. La regla fundamental del juego es justamente ésta: que los jugadores no sean intercambiables. El Padre es Padre y el Hijo es Hijo; este es el comienzo en la Trinidad, y así también es entre los hombres; pero aquí todos son hijos, y nadie administra una paternidad por cuenta propia. Sin embargo la igual dignidad entre los hermanos no quiere decir nunca la intercambiabilidad de las personas y de sus papeles o tareas o misiones.

La igualdad entre todos los hermanos será salvaguardada por el hecho de que

cada siervo será llamado a dar cuenta al Dueño cuando a éste le plazca, y que el que ha tenido más autoridad será examinado más severamente y tendrá mientras tanto que servir más (¡terriblemente claro en los capítulos que conciernen el abad!)

El juego siempre será una obediencia a las reglas y a quien las conduce.

El juego, es el *trabajo de la obediencia*: “Escucha los preceptos... acoge de buena gana las admoniciones... cúmplelos con todas las fuerzas. A esto se contrapone la acedia de la desobediencia”.

Es un trabajo laborioso como una batalla: “Cíñete las armas de la obediencia, listo para militar bajo Cristo Rey”.

*Pius pater*: Es un padre lleno de amor que dicta las reglas, y observándolas entrarás en relación con este amor. Al contrario, perdiendo tu ser de hijo habrás perdido todo.

La llamada a despertar, que sigue a los vv 8-13, es despertar a lo que somos, a nuestra identidad más profunda. Es –a mi parecer– una de las piezas más bellas de la *Regla*: «Levantémonos, pues, de una vez, ya que la escritura nos exhorta y nos dice: “Ya es hora de levantarnos del sueño”. Abramos los ojos a la luz divina –la luz que nos hace hijos de Dios, semejantes a Él, que nos hace llegar a ser lo que somos– y oigamos con oído atento ... El que tenga oídos para oír, escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias. ¿Y qué dice? “Vengan hijos, escúchenme, yo les enseñaré el temor del Señor. Corran mientras tienen la luz de la vida, para que no los sorprendan las tinieblas de la muerte”».

(Nuestras novicias, en una memorable fiesta, asimilaron esta pieza a la del *Cantar*: *Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente ... porque, mira, ha pasado ya el invierno*: Identidad del hijo, identidad de la novia).

Hoy el problema de la *Regla* –y la obediencia en la *Regla*– se sitúa precisamente aquí: La conciencia del hombre de hoy, a menudo, es la de un pródigo lleno de su buen derecho, tranquilo en conciencia, seguro de haber hecho sólo lo que tenía que hacer. Que luego esta seguridad sea contradicha por angustias y neurosis, no le basta para interrogarse. Sin embargo la seriedad, el dramatismo casi de esta invitación a despertarnos, no quiere dejarnos tranquilos.

Examinemos rápidamente las citas de la Escritura sobre las que se ha entretejido este fragmento:

*Si escuchan hoy su voz, no endurezcan el corazón* (Sal 94,8). Todas las noches este versículo, según la prescripción de la *Regla*, abre el oficio de las Vígiliyas, planteando de nuevo a todo el ejército monástico alineado en batalla aquel primer versículo: *Escucha...* dirigido al recluta del principio. *No endurezcan sus corazones*: Abran su corazón a la Palabra que los invita. *Escucha* es la palabra del comienzo: Escucha y abre el corazón.

La segunda cita: *El que tenga oídos para oír, escuche*, es el v. 15 del cap. 11 de Mateo, y viene al final de una pieza dramática a propósito de la identidad del Precursor: *¿Qué saliste a ver en el desierto?...* Es, pues, como una invitación: Reconózcanlo a él, al Precursor. Que en la boca de Jesús también significa: Reconózcanme a mí, el Salvador; reconózcanse a ustedes mismos como salvados, hijos, aquellos últimos del Reino que son ya más grandes que el más grande. En esta invitación está implícita la gran palabra: *Escucha, Israel, el Señor es tu Dios*. Escucha y reconoce.

La tercera cita: *Vengan hijos, escúchenme, yo les enseñaré el temor del Señor* (Sal 4,12). La invitación de la Sabiduría a temer al Señor es invitación a cumplir sus obras, a obedecer a sus preceptos: Escuchen y obedezcan. Este tema será retomado y explicado desde aquí hasta al final del *Prólogo*.

La conclusión: *Corran mientras tienen la luz de la vida, para que no los sorprendan las tinieblas de la muerte*: (Jn 12,35). Es la conclusión de un escrito del Evangelio fuertemente dramático, que dice la urgencia del tiempo presente: Los paganos buscan a Jesús, la hora ha llegado, el grano de trigo tiene que morir. El alma es turbada; resuena la voz del Padre: *He glorificado mi nombre...* Jesús dice: *el Príncipe de este mundo será echado fuera... Camina mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas de la muerte*. Toda la invitación del *Prólogo* resuena aquí, desde la última hora, en este tiempo abreviado que caracterizará –pero más en la esperanza y el gozo que en el temor– toda la *Regla*, en la que ya no hay otro espacio para seguir la vida, la luz, el camino de la vida, que la observancia de las buenas obras.

(A la falta de una conciencia filial en el hombre de hoy, otro problema podría ser añadido, correlativo y no menor: El hecho de que hoy, a menudo, no hay más padres. Pero si éste es un fenómeno claramente verificable a nivel social, no será nunca completamente verdadero a nivel de las personas).

## 2. La escala de Jacob

### El hombre de deseo frente a la obediencia y la humildad de Cristo

La escucha se cumplirá por el reconocimiento de Dios en la fe: reconocerlo cada vez más en Cristo, obedecerle y conformarse a Él.

Para esto, es necesaria una transformación profunda: el hombre de deseo frente a Cristo está llamado a un vuelco de sus esquemas. Podemos ver en efecto que el recorrido hebreo-cristiano, en cierto modo, obra un viraje con respecto a la tensión de las religiones hacia Dios, que es también el del pensamiento filosófico griego; el deseo humano ascendente a Dios y a las realidades últimas y trascendentales es no sólo completado, sino de algún modo invertido por la revelación.

En las religiones y en las filosofías tenemos el hombre creado para llegar a ser Dios, o semejante a Dios (la variante moderna es el hombre que se crea a sí mismo y se pone en lugar de Dios.)

En la revelación tenemos el hombre creado para alabar a Dios, venerarlo y servirlo y salvar de tal modo la propia alma. (Esta fórmula, que viene de San Ignacio, ha sido por mucho tiempo la definición del catecismo). La deificación de la que habla sobre todo el oriente cristiano es una consecuencia de la salvación, que coincide con una asimilación a Cristo.

El hombre que sirve a Dios y que vive para alabarlo es ya del Antiguo Testamento; mas sólo con Jesucristo el servicio de Dios deviene plenamente comprensible como definición del hombre. Jesús, en efecto, enseña que toda su existencia, vida, muerte, resurrección y ascensión, no quiere ser otra cosa que la pura glorificación del Padre, el cumplimiento de su voluntad, el anuncio de su enseñanza.

Esto convierte la voluntad de poder del hombre, que se esconde en cada una de sus más justas aspiraciones, y demuestra que el deseo de ser más grandes se realiza sólo con el abajarse en el servicio.

Esta es también la palabra que constituye el corazón teológico de la *Regla*, el gran camino que plasma hombres nuevos, sobre la imagen del servicio de Cristo.

Benito tiene la costumbre de explicar las prescripciones de la *Regla* con perícopas de la Escritura, de las que da la interpretación, o bien aclara a través de otras citas.

Uno de los textos bíblicos que está en la base de la teología de la *Regla* es *Gn 28,10-22*: La escala de Jacob, citada en el cap. 7: *...Tenemos que levantar con nuestros actos ascendentes la escala que se le apareció en sueños a Jacob, en la cual veía ángeles que subían y bajaban*. Benito otorga a este texto una importancia del todo particular, explicándolo con fuerza y dándole un carácter absoluto: “Sin duda alguna, aquel bajar y subir no significa otra cosa sino que por la exaltación (soberbia) se baja y por la humildad se sube”. Con mucha fuerza está aquí puesto el fundamento de toda nuestra vida: Aquel que llamamos “humildad”.

Con igual claridad y fuerza se explica que esta no es sólo una actitud interior, y tampoco sólo una serie de gestos exteriores, sino que abraza a todo el hombre y toda su vida: “Aquella escala misma así levantada es nuestra vida en el tiempo, a la que el Señor levanta hasta el cielo cuando el corazón se humilla. Decimos, en efecto, que los dos lados de esta escala son nuestro cuerpo y nuestra alma, y en esos dos lados la vocación divina ha puesto los diversos escalones de humildad y de disciplina por los que debemos subir”.

Este capítulo está precedido por una introducción igualmente significativa y seguido por la exposición de los doce peldaños. En la introducción se dice: “Todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado... Si queremos llegar rápidamente a aquella

exaltación celestial a la que se sube por la humildad de la vida presente, tenemos que levantar... aquella escalera”.

Es explícita en Benito la conciencia de obrar una inversión con respecto a la tensión natural del hombre, el *desiderium* que lo lleva hacia lo alto. Hace falta elevarse a Dios, sí, pero el método es el de una inversión. ¿Por qué?

Si los versículos sobre la escala de Jacob (*Gn* 28,10-22), son tomados por Benito como un importante fundamento teológico del capítulo sobre la humildad, que es central en nuestra *Regla*, la misma pieza constituye una importante imagen bíblica de la encarnación de Jesús: Es Él, en efecto quien, descendiendo a la tierra, abre definitivamente al hombre el camino al cielo. Como decíamos, siempre el hombre ha tratado de elevarse hacia Dios, de quien en cierto momento, ha intuido ser imagen. Dios entonces ha obrado una inversión de esta tensión hacia lo alto, y ha descendido hasta hundirse. ¡Cuántas veces nuestros Padres Cistercienses comentan esta realidad!

Desde encerrarse en el estrecho seno de una mujer; hasta humillarse yaciendo sobre el heno entre dos animales. Desde tomar sobre sí cada torpeza y pecado del hombre; hasta hundirse en los abismos para salvar al Adán perdido.

Aquí, podríamos decir que el anuncio de la encarnación es el verdadero sentido de aquel acontecimiento representado en la escala de Jacob.

Que éste sea el camino recorrido por el Hijo de Dios, por Jesús bueno y misericordioso, resucitado después de la tumba para retomar como fuerte su invencible movimiento ascensional hasta la derecha del Padre, en lo más alto de lo cielos, donde también prepara un sitio para nosotros, hasta aquí anda bien.

Más misterioso es el hecho de que este mismo recorrido nos sea propuesto a nosotros. Nosotros, que ya somos tan pobres, atraídos hacia abajo por tentaciones y pecados, humillados a tierra por todo tipo de pruebas y limitaciones, ¿cómo y por qué bajar todavía más?

Lo que ha sido invertido por el rebajarse del Hijo no es el deseo humano en sí, como si ahora se tuviera que vivir un deseo al revés (en lugar de desear la vida desear la muerte, en lugar de la alegría el dolor: cuando esto ocurre en los místicos, es consecuencia de algo distinto). Lo que ha sido invertido es la mentira del deseo, aquel egoísmo escondido que lleva todo a sí y pone al sí mismo en el centro de la propia atención.

El Hijo a imagen del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no creado, de la misma sustancia del Padre, se inclina delante de Él, aniquila la propia voluntad frente a la suya, es siervo. Es aquel hombre traspasado y levantado sobre la Cruz.

¿Por qué? ¿Por subordinación, por adopción, por menor grandeza? No. Porque el Amor es esto: ser para el otro, meterse debajo del otro, darse todo para el otro, servir. Esto no es envilecerse, es realizarse plenamente y exultar: La obediencia es amor de Hijo. Todo esto ocurre en el puro espacio de la Trinidad; y todo esto parece aquí imposible, entre los pecadores que se envidian y se pisan uno al otro.

Ha sido necesaria la muerte del hombre-Dios sobre la cruz para revelarnos lo que nuestros ojos ofuscados no lograban ver: Que Dios es Amor, que el amor es esto, y que según esta imagen ha sido también plasmado el corazón del hombre.

La verdadera ascensión del hombre hacia Dios es en la Ascensión de Cristo: La alegría de ir hacia el Padre (no hacia la propia grandeza) reconduciéndole el servicio otorgado por Él y cumplido para Él: Reconduciendo cada cosa a Él.

¡Jesús ha deseado mucho –e incluso suspirado por ella en la angustia– *su hora*, es decir el cumplimiento de la voluntad del Padre! Después de aquella noche, *su hora* ha llegado, es el centro de la historia, y hace presente el eterno presente del amor de Dios. En cada uno de nuestros minutos, ella ritma el acontecimiento y el acto en apariencia más banal de nuestra vida: “en la obra de Dios o en la oración, en el monasterio, en el huerto, por el camino o en el campo, o sentándose en cualquier sitio, caminando o estando de pie”, aquella hora está presente. Basta con tender la mano y agarrarla; está al alcance de la mano, porque es la hora que ritma cada gesto de nuestra *Regla*. Basta con decir sí, instante tras instante, a la voluntad de Dios. Es suficiente gastar con pasión cada instante, toda la propia vida, por la misión que nos es dada por el Señor –cualquiera que ella sea, en apariencia la más importante como la más banal–, es

suficiente la disponibilidad del corazón, momento tras momento, a aquel acto de abandono: *Venga tu Reino... No se haga mi voluntad, sino la tuya.*

*La obediencia monástica deviene así el camino que realiza en nosotros, día tras día y momento tras momento, la identidad del Hijo, la conformación con Cristo.*

El final del Prólogo nos da la conclusión:... *Usque ad mortem in monasteri perseverantes, passionibus Christi per patientiam participemur, ut et regno eius mereamur esse consortes. Amen.*

Buscamos ahora explicar la *Regla* con la *Vida de san Benito*, que echa sobre ella una luz nueva.

## 2.1. El vuelco de los valores en la “*Vida de san Benito*”: las huidas de Benito, derrotas y victorias

Desde cierto punto de vista, podemos decir que la vida de Benito, según el relato que tenemos en el segundo *Libro de los Diálogos* de san Gregorio, está caracterizada por la *huida*. Extraño. ¿Por qué?

Benito deja Roma y abandona los estudios literarios, para huir del *precipicio de los vicios* en que veía caer a sus coetáneos. Luego deja la honesta vida en la aldea (*Affide*), donde había encontrado refugio con su buena nodriza, en la comunidad de buenos cristianos de la iglesia del beato Pedro, para huir de las alabanzas demasiado fáciles, con la consiguiente vanagloria. Evidentemente no se sentía invulnerable –tanto en uno como en otro caso–, si no, no habría necesitado huir.

Más tarde, traído de su soledad para devenir abad de un monasterio (Vicovaro), nuevamente huye, de la perversidad de aquel lugar.

*Desde cierto punto de vista, se podría decir que son todas derrotas de Benito, que no puede cambiar Roma, no puede cambiar su propio corazón, no puede cambiar una comunidad que lo evita. Puede sólo encerrarse en un hoyo para refugiarse en Dios y luchar contra el demonio.*

¿Qué hacía Benito en el *Speco*? Se ponía delante de Dios y veía las llamas devastarle el alma. (Lo siento: Nos es relatado sólo esto, no lindas oraciones y visiones). Delante de Dios, se pensaba a sí mismo para reencontrar en Él su verdadero rostro, y se encontraba luchando contra su ciega irracionalidad: La tentación de la carne. Y se encontraba, por tanto, haciendo gestos aparentemente irracionales, como tirarse en las zarzas y revolcarse en las ortigas: ¡El padre de la *discretio* ha tenido incluso que hacer esto!

En fin, Benito en el *Speco* sólo puede luchar para que Dios lo cambie, cambie su corazón.

*Desde aquí ha nacido toda una realidad nueva de vida, de iglesia, de pueblo.*

Sin embargo, cuando ya Benito ha constituido su cenobio, el maligno desencadena nuevamente una batalla en su contra, mediante el celo del sacerdote *Fiorenzo*. Y Benito... ve que pierde. Pierde esta vez las almas de los discípulos, que no es capaz de defender de los ataques de *Fiorenzo*. Y entonces, una vez más huye: *Invidiae locum dedit*. Deja el lugar al envidioso, para combatir al verdadero Enemigo a cara descubierta, no cae en la trampa de querer combatir como enemigo a otro hombre, su hermano. Puede parecer una locura, pero es así, se va.

Con el amor para los enemigos, la batalla de la conversión del propio corazón ha alcanzado una etapa fundamental y definitiva. Empieza entonces, con la construcción de *Montecassino*, a formular lentamente aquella pedagogía para la conversión de los corazones de los discípulos, que será el tejido de la *Regla*. Aquí está la verdadera, grande, imperecedera fecundidad de Benito.

El texto de la *Vida* es de una riqueza extraordinaria, casi inagotable; nuestros Padres Cistercienses –pero pienso también en otros padres monásticos– tenían la costumbre de leer la *Regla* a la luz de la *Vida*, como considerando el segundo texto casi inspirado del mismo modo que el primero. También nosotros podemos considerarla la interpretación auténtica de la *Regla*, recibéndola de un Pontífice y Padre de la Iglesia como Gregorio Magno. Evidentemente sería

necesario mostrar cuanto hemos dicho con un análisis del texto; nos baste decir aquí que el corazón de la *Vida*, –a través de los diversos episodios que hemos definido, con un término un poco paradójico, “fugas”– es el misterio Pascual, de a poco profundizado por etapas sucesivas de asimilación a la *kénosis* de Cristo. Tendremos luego, al final del libro, la ascensión de Benito –en la visión de su subida al cielo– que se coloca en la estela de las visiones anteriores de otras almas santas que entran en el cielo, aquella de la hermana y la del amigo, el Obispo Germano. Y en un milagro después de su muerte también podemos encontrar una señal del Pentecostés que lo seguirá.

Es así, a través de un seguimiento del Señor Jesucristo sin límites y una oración y confianza en Dios sin reservas, por la que Benito llega a compartir el poder mismo de Cristo sobre la realidad, que es poder de amor. Esto se manifiesta en los milagros y sobre todo en lo que el texto llama el espíritu de profecía: La capacidad de ver, con los ojos mismos de Dios, no sólo acontecimientos lejanos en el espacio y en el tiempo, sino, lo que más vale, leer en el corazón de los hombres. Se manifestará al final, en la visión hacia el término de la vida, como una participación del conocimiento de Cristo sobre el mundo entero: La visión de todo el mundo recogido en un único rayo de sol.

Es en el sepulcro del *Speco*, en el corazón de su misterio pascual, donde Benito ha aprendido a leer en el propio corazón, bajo la luz de Dios; y es por eso que puede no sólo leer en el de los discípulos, sino también enseñar, transmitirles a ellos, con paciente enseñanza, la misma lectura.

Todo el capítulo de la humildad en la *Regla*, pero particularmente el primero y el quinto grado, habría que releerlos en esta clave; la de un verdadero conocimiento de sí mismo y del abismo del propio corazón, a la luz de Dios.

Es esta la verdadera raíz de la nueva humanidad y de la nueva capacidad de pensar que el monacato benedictino ha aportado a los pueblos: La profundidad de la conciencia, que es verdadero conocimiento de sí mismo bajo la mirada de Dios: *Solus in superni spectatoris oculis habitavit secum*. Y todavía: *Secum habitasse dixerim, quia in sua semper custodia circumspetus, ante oculos conditoris se semper aspiciens, se semper examinans, extra se mentis suae oculum non divulgavit*.

Es aquí donde el deseo humano puede encontrar el objeto capaz de saciarlo: Alcanzar el poder sobre la propia humanidad, y con él una penetración de la realidad del mundo y de los otros hombres inconmensurablemente más grande, a la luz de la verdad: poder real y poder humilde, porque está sometido a Dios.

Desde aquí parte la *Regla de san Benito*; en ella, quien quiere la felicidad y busca la vida –quienquiera sea– se pone espontáneamente en seguimiento de un caudillo y en la escuela de un maestro que puede enseñarle el camino de la vida. Camino que se recorre con todo el ser: Con los pies, las manos, todo el propio actuar, pero también descendiendo por recorridos antes desconocidos dentro del propio corazón.

### 3. La *Regla* como ley

#### El hombre de deseo y la ley

Necesita sin embargo dar un paso atrás para tratar de entender el valor de la *Regla*, y para que este recorrido de conocimiento pueda y deba acontecer en la obediencia a la *Regla*.

Al final de la *Vida de Benito* se dice que él deja la *Regla* a sus monjes (cap. XXXVI), y en el capítulo siguiente tenemos su muerte. Dos monjes ausentes en el momento de su paso a la otra vida tienen, en lugares diferentes, la misma visión: Una calle lumimosa llega directamente al cielo. Un personaje envuelto de luz, que está en la cumbre, explica que aquel es el camino por el que Benito ha subido al cielo. Es evidente que este camino, para nosotros, nos es señalado por la *Regla*.

¿En qué relación se encuentra, en la *Regla de san Benito*, el llamado dirigido a quienquiera que desee la vida y aspire al conocimiento de Dios, con su apariencia –tan clara, aunque hoy en día no tan subrayada– de código legislativo?



Relacionamos estas preguntas con la alianza de Dios con su pueblo, en el relato de *Éxodo* o en el comentario y reinterpretación teológica del *Deuteronomio*. En las páginas de este libro, encontramos innumerables veces el sentido de esta alianza: Yo te he elegido y amado. Tú eres mío. Por tanto te introduzco en la tierra que yo quiero darte, y te bendeciré en toda circunstancia. Tú, en cambio...

La alianza constituye un pacto bilateral, un intercambio entre dos sujetos, dos *Tú* que están uno frente al otro, entre los cuales hay una reciprocidad de obligaciones. Dios pide al pueblo el rechazo de todos los otros dioses, un culto ofrecido sólo a Él, y la observancia de Su voluntad, expresada en la Ley. A cambio de la obediencia promete la bendición, a cambio de la desobediencia, la maldición.

Del Pacto nace entonces, para Israel, la responsabilidad; de la ley nace la imputabilidad para quien la infringe. No hay sujeto adulto, no hay *tú* capaz de estar delante de Dios sin estas dos características: la responsabilidad (que no quiere decir autogestión, sino capacidad y deber de contestar), y la imputabilidad.

El amor de Dios quiere formarse un *partner* capaz de respuesta, y no renuncia frente a la evidencia de la debilidad humana, que no llegará a dar una respuesta sino en Cristo.

Igualmente, el sentido de nuestro entrar en el cumplimiento, en la responsabilidad, en la *Regla*, no es tan satisfactorio como pedagógico: Es para entrar en Cristo, para caminar hacia la plena estatura de su respuesta de amor al Padre, para llegar a pertenecerle a Él y, en Él, al Padre.

Todo esto nos ayuda ahora a dar una mirada sintética sobre lo que es el núcleo de ambos Testamentos, y sobre la dirección en la que va el paso del Viejo al Nuevo.

Sea en la Ley antigua, sea en la nueva, en el centro de todo está el culto a Dios. El culto es dado a su Presencia, y su Presencia es el corazón de cada precepto. El culto nos reconduce constantemente al Corazón mismo de Dios.

Esta es, también, la meta suprema del hombre de deseo.

*Aquí encontramos la revelación suprema, el sentido de todos los preceptos: Su Amor por nosotros, y entonces también el perdón. Su perdón a nosotros, y entonces también nuestro perdón recíproco.*

Todos los demás preceptos, las Leyes negativas del *Decálogo*, me impiden el abuso del más débil que yo, a través de mi tentativa de afirmarme sobre el hermano. Me vuelven inocente, es decir, incapaz de dañar; cosa que no soy, sin esta ayuda. Se puede decir que estos preceptos son como el recinto que nos impide salir, alejarnos demasiado del corazón de Dios. Está claro que el recinto no es el centro, pero estar en el recinto me impide alejarme del centro.

Del culto de Dios y del amor de Dios puesto en el centro de la vida nace la mirada justa sobre la vida; con la ayuda de los preceptos, pero no primariamente de ellos. Nace la mirada justa sobre la relación entre Dios y yo y sobre mi relación con los otros.

Todo esto es perfecto y maduro con la Alianza nueva, con la Eucaristía, que pone el sacrificio de Cristo, entonces la Ley Nueva, en el centro de la vida; pero, incluso en progresión, es lo mismo: En la Ley Antigua el culto de Dios está en el centro, y así en la Ley Nueva, el nuevo culto es al centro. También en la *Regla de san Benito* el servicio divino está en el centro, y toda la vida está ordenada alrededor de él. La vida es ordenada a través de los preceptos, que construyen, también físicamente, el recinto del monasterio. Estando en el recinto, hecho de humildad y obediencia, silencio, respeto para todos, servicio, trabajo manual, se vive la abnegación, es decir la renuncia a la propia voluntad de abuso y de afirmación de sí sobre el otro.

Para construir también físicamente el recinto, para dar forma al cuerpo de la Comunidad, junto a los preceptos negativos están también los preceptos positivos, que construyen un orden, un horario. Además, queda libre el espacio creativo y positivo de la vida – ¡cuántas cosas hace una comunidad monástica, que no están prescritas en la *Regla*! Pero todo se mueve alrededor de aquel centro: escucha de la palabra, escucha y oración que constituye un verdadero alimentarse del corazón de Dios, dándole gracias y rindiéndole alabanzas.

Entre abnegación y rendimiento de gracias, la vida te conduce y reconduce constantemente desde el abrazo del Padre al de los hermanos, del perdón y del amor recibido al perdón y el amor dado, intercambiado. Releamos a esta luz el capítulo 72 de la *Regla* y

tendremos la descripción del corazón de Dios, de la cumbre de la Ley nueva, de aquel centro eucarístico al que nuestra vida lentamente nos conduce.

#### 4. El monasterio como escuela

##### Disciplinar el corazón para no traicionar el deseo

Convendría conocer bien la escuela, su estructura, su funcionamiento, antes de profundizar la enseñanza que se ofrece en su interior. En efecto hay una coherencia profunda, no eliminable, entre estructura y método, método y contenidos. Hoy, a causa de la veloz mutación de los tiempos y la dificultad de reinterpretar constantemente según los lenguajes y las mentalidades actuales nuestro patrimonio, cuyo valor es perenne, no es fácil tener en cuenta esta coherencia. Damos por eso un veloz vistazo a la impostación general de la *Regla*, en relación con cuanto ya hemos dicho.

- Los capítulos 1, 2, 3, nos dan la estructura fundamental del Cenobio (*Regla*, abad y comunidad), a los que se suman otros grupos de capítulos que, tratando de la disciplina general del monasterio (valor de las cosas y de las personas, pobreza, etc., cap. 31 al 42) y de aspectos esenciales de la vida del monasterio (trabajo, observancia de la Cuaresma y lectio, hospitalidad, cap. 43 al 46), completan la presentación. Es la Casa de Dios, en cuyo interior, como sabemos, todo asume un valor sacramental.
- Los capítulos 18 al 20 nos presentan el trabajo fundamental del monje: el Oficio divino, que también constituye la columna vertebral del día y del año. El esquema y el horario litúrgico nos presentan el ejército monástico alineado para la batalla, y nos dan el horizonte de la vida del monje y de su gran aventura.
- Los capítulos que nos dan la comprensión teológica de todo esto son, esencialmente, el *Prólogo* y el capítulo 7.
- Tenemos luego algunos grupos de capítulos que presentan: el código disciplinal a través del cual se mantiene íntegra la milicia (excomunión y corrección, caps. 23 al 30), a lo que se suma la pedagogía correctiva de cada día (caps. 43 al 46, satisfacciones por las faltas) y por fin el modo de integrar nuevas personas a la comunidad monástica (caps. 58-60 + 61). Esta última parte, hoy mucho más desarrollada, compensa la siempre más evidente falta de las primeras dos, código disciplinal y corrección.
- Muy importantes son también las partes finales de la *Regla*, que evidencian, por un lado, los puntos delicados o neurálgicos de la vida de las comunidades monásticas (cap. 62 al 66 + 67) y la actitud de fondo con la que enfrentar cualquiera dificultad que surja en el desarrollo del propio servicio y que parezca insuperable (cap. 68); y por otro indica el peligro más grande que hay que evitar: la división, en la forma de disensos, facciones, escándalos, que podrían introducirse en la comunidad (cap. 65).
- En evidente contraste con este último punto, emerge por fin el ideal de la comunidad monástica, a lo que se dirige toda la vida del cenobio: la unidad en la caridad, que hace presente y visible en el mundo el amor de Dios, y por la que el monasterio resplandece como Ciudad sobre el monte (cap. 71, 72, 73).

Es evidente que el desarrollo de este punto constituiría un curso completo sobre la *Regla*. Aquí quisiéramos más bien añadir una palabra sobre la primera y fundamental enseñanza que nos es dada en esta escuela, cuya estructura misma es, en su esencia, toda pedagógica.

#### 5. La enseñanza

### *Liberación del deseo de la "voluntas propria"*

Esta estructura cenobítica, esta escuela así configurada, es el lugar propicio para la lucha y la victoria sobre la *voluntas propria*, que tiene al deseo humano esclavo de lo que no puede saciarlo, para liberarlo por las metas preparadas por Dios.

La victoria sobre la *voluntas propria* libera todas las facultades humanas, y ante todo el intelecto, la mente, o para decirlo en otro modo la capacidad visual, la capacidad de distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo, el discernimiento (cfr. *Vita*, cap. II).

La estructura cenobítica que hemos sintetizado aquí, concreta la invitación del prólogo: la vida, la luz, el camino de la vida es la observancia de las buenas obras, bajo la guía del Evangelio (*Prol.* 21).

Este es pues el método del Padre, que es también el del Maestro que en su nombre habla: señalar la luz de la vida y de la verdad e indicar el camino, dando razón de todo lo que propone.

El método del diablo maligno, evocado en los versículos siguientes (v. 28) es bien diferente: insinúa y sugiere al corazón sus propuestas. No pasa en primer lugar por el tamiz de una mente despierta, sino que hace ocultamente presión, en las tinieblas y en el sueño, sobre la pasión del hombre, y por lo tanto sobre su sentimiento oculto. *Vas donde te lleva el corazón*; y la mente te sigue en tortuosas elucubraciones, justificando y legitimando luego el recorrido.

Es la palabra de orden de la religiosidad sin Dios permitida por la laicidad. En la novela *El secreto de Celestino*, una humanidad que persigue la propia evolución hasta las iluminaciones supremas, sigue las propias intuiciones como guía hacia el conocimiento. El protagonista ve en una especie de fantasía a sí mismo en acto de hacer esto y aquello: el camino justo es seguir la danza de estos fantasmas interiores que lo guían a iluminaciones cada vez más elevadas. La ingenuidad de todo esto es desconcertante: él está invitado a seguir aquella muchedumbre de fantasmas interiores que, decíamos, tienden a alejarlo de la realidad para conducirlo en un mundo imaginario, como si éste fuese propiamente su verdadero mundo.

No valdría tampoco la pena hablar de ello, si no nos ayudara a entender dónde se sitúa el equívoco. La intuición del corazón, lo que en el fondo percibo como bueno, ¿no tiene quizás una autoridad propia? ¿No conduce al final a aquel santuario de la conciencia que constituye mi identidad más verdadera?

Es verdad que el corazón tiene una capacidad propia de percibir lo que es verdadero y bueno, incluso antes de poder llegar allí con la razón. Es verdadero, o más bien razonable, este crédito dado al corazón. Pero si el corazón tiene una capacidad de percibir el bien, tiene consecuentemente la capacidad de elegirlo, de adherir, de establecer con ello una relación de fidelidad.

Esto lo ata al bien escogido según leyes que el sujeto encuentra adhiriendo a aquel bien, que hacen parte de ello. Aceptando este vínculo, sometiéndose a estas leyes, el corazón averigua en la confrontación con la mente, en la comprensión de la mente, la bondad de lo que ha escogido. Ve si el bien es verdadero y, adhiriendo y obedeciendo, lo hace más verdadero para sí.

Pensamos, como ejemplo, las relaciones entre personas en el ámbito de los derechos naturales, de la moralidad natural. Si me enamoro de un hombre, de una mujer, averiguo el bien de esta relación aprendiendo a amar concretamente y verdaderamente el otro, en el respeto de las leyes que la relación misma me dicta (o debería dictarme).

Todo el núcleo de la cuestión está en el hecho de que hay, y que yo reconozco porque existe, algo que viene antes de mi corazón: el bien puesto en el ser, sus leyes. Mi mente junto a mi corazón está llamada a reconocer y aceptar todo esto, a adherir. Está llamada, en otras palabras, a reconocer aquel Dios que viene antes de mi corazón y que lo ha hecho existir. Por tanto, si inicialmente voy donde me lleva el corazón, voy allí también con la mente, luego mi corazón irá y tendrá que volver y quedar allí donde la mente lo ha establecido, con una elección que implica toda la vida. Sólo así podremos hablar de conciencia: En presencia de una fidelidad al bien reconocido y escogido.

En otras palabras, nuestro Dios habla a la mente para hablar al corazón, para convertir el corazón. Y la conversión del corazón se manifiesta en la de las obras, en un primer momento

hechas sin entender bien su lógica y su necesidad intrínseca; pero habiendo entendido que es Dios quien las prescribe, y queriendo obedecerle a Él. Pero, *progresando luego en la vida (monástica) y en la fe, es con corazón dilatado e inefable dulzura de amor que se corre el camino de los mandamientos divinos*. La conversión, es decir, se realiza cumpliendo las obras; es la obediencia misma a la voz escuchada la que cambia el corazón.

### 5.1 La enseñanza en la Vida de Benito

No nos queda más que señalar apenas lo que podría constituir la materia de un curso: Cómo Benito, en la *Vita* escrita por San Gregorio, formula la enseñanza que entregará luego a la sabiduría de la Regla; cómo él mismo lo descubre en la propia experiencia, y lo transmite a sus discípulos. Se trata de un tema realmente fascinante.

El capítulo II de la *Vita* que lleva el título: *La victoria sobre la tentación de la carne*, nos enseña cómo Benito descubre el fundamento, que podríamos llamar: la doctrina de los dos fuegos.

Empujado al desierto por una fuerte y precisa búsqueda de Dios, averiguada con elecciones coherentes y sucesivas, Benito, solo con sus recuerdos, es atacado por el fuego de la pasión: Fuego tenebroso que hiere y ofusca su mente, haciéndole ver lo que no existe y casi empujándolo a traicionar por esta ilusión su propio propósito. Pero, mirado por la Gracia de Dios, Benito ve a su vez la realidad: Zarcas y ortigas que crecen delante de él, evidente símbolo de lo que está creciendo en su corazón. Tirándose en el fuego de las zarcas y de las ortigas, Benito cambia el incendio de la pasión por el del dolor, y saca fuera por las heridas de la piel la herida de la mente, que estaba corrompiéndole el alma. Se trata de un gesto de penitencia, pero es también un símbolo de la contrición: La dolorosa toma de conciencia del propio pecado, que es la verdadera medicina de la mente.

Ahora ya, después de este hecho, el hombre de Dios es capaz de discernir entre estas diversas llamas, las de las pasiones (de las distintas pasiones, porque lo veremos también enfrentado con las llamas de la envidia y las del odio, en sus enemigos) y aquellas, bien diferentes, del amor de Dios y del celo ardentísimo entre los hermanos.

En una primera fase de su vida de Abad, Benito nos es mostrado sobre todo en el acto del gobierno, y de la entrega de su pedagogía a las estructuras monásticas que está creando. El método para instruir a los discípulos, no dotados de su discernimiento, es predominantemente aquel de la corrección (cap. IV, en el que enseña a un monje incapaz de comprender y de obedecer la estabilidad en la oración) y de la ascesis, alternada con la benevolencia y la exhortación (cap. V, el agua hecha manar de la roca, sobre la estabilidad en el lugar; cap. VI, enseñanza sobre la perseverancia en el trabajo manual).

En una segunda fase, vemos más bien a Benito maestro en el acto de enseñarles a los discípulos el arte de leer en su propio corazón:

- Cap. XVIII: El botellón sustraído..., donde la enseñanza es dada a un futuro monje, nosotros diríamos a un aspirante.
- Cap. XIX: Los pañuelos aceptados por un monje, donde se habla más bien de un monje adulto, que hacía un servicio espiritual a las monjas.
- Cap. XX: Un pensamiento de soberbia... donde se habla de un novicio.

Visión en el propio corazón, visión en el corazón de los otros; visión sobre los acontecimientos de la comunidad (cap. IX y X) y de la historia (cap. XV y XII), hasta la visión final del mundo entero en la luz de Dios (cap. XXXV); son las etapas progresivas de un saneamiento de la mente, de una nueva y cristiana autoconciencia humana. Son las bases puestas para la edificación de un nuevo modo de pensar el hombre y el mundo, y entonces de edificar el mundo.

Tenemos que releer y analizar con amor estas páginas, para descubrir las raíces de nuestra historia y nuevas razones para ser monjes, hoy.

*Monastero di Nostra Signora di Valserena  
56040 Guardistallo (Pisa)  
Italia*